

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

En el tiempo de Esdras y de Nehemías

Alrededor del año 536 antes de Cristo, Dios despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, y el de los jefes de Judá y Benjamín para hacer volver de la cautividad de Babilonia a una parte de su pueblo (Esdras 1:1, 5). Dios tenía en mira cumplir su gran designio: después de haber hablado a los padres por los profetas, hablarles por el Hijo (Hebreos 1:1-2). Para ello era necesario preparar un pequeño remanente en Judá, a fin de que éste lo recibiera. Cinco siglos más tarde, algunas personas temerosas de Dios hablarían una a otra y pensarían en Su nombre. A éstas las hallamos en Lucas, capítulos 1 y 2.

Este pequeño remanente volvió de Babilonia conducido por Zorobabel. Eran unas 50.000 personas, mientras que a su salida de Egipto el pueblo de Israel había sumado 600.000 hombres (Éxodo 12:37-38); en total aproximadamente 2.000.000 de personas.

Se pusieron, pues, manos a la obra. Su primera preocupación fue rendir a Dios la gloria y el honor que se merece. Así comenzaron a edificar “el altar del Dios de Israel” (Esdras 3:2). Primero el culto. Se hubiera podido pensar que lo primero que ellos iban a hacer era protegerse contra eventuales ataques enemigos, pero no fue así, pues primero restablecieron el culto. La presencia de Dios, marcada por el altar y conocida allí, era antes que todo lo demás. “Edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer sobre él holocaustos, según la ley de Moisés” (Esdras 3:2): un culto rendido a Dios según la enseñanza de la Escritura.

El enemigo manifestó su oposición, y esto no nos sorprende. Las manos se cansaron y las rodillas desfallecieron entre los judíos. Pero el Dios de gracia no podía abandonar a su pueblo. Envió dos profetas, Hageo y Zacarías, para estimular la energía de Judá: “Cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros... Según el pacto... mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis”. Luego esta promesa fue puesta ante ellos: “Vendrá el Deseado de todas las naciones” (Hageo 2:4-7). Entonces el trabajo interrumpido durante quince años se reinició y la casa de Dios fue terminada en cuatro años.

Cuando por la gracia de Dios hemos logrado alguna victoria sobre el enemigo, tanto más estamos expuestos a sus ataques duplicados. Por un lado, su odio es atizado; por el otro, el orgullo gana fácilmente nuestros corazones. El mal está presente: Esdras 9. Muchos de entre el pueblo de Judá, e incluso los más responsables, tomaron mujeres idólatras. Cuando Esdras lo supo, rasgó sus vestiduras y se sentó desolado; luego el pueblo lloró amargamente. Pero esta santa humillación no era suficiente. Se debía juzgar el mal, y costara lo que costara, había que separarse de él; la ley ordenaba expulsar a las mujeres extranjeras (Esdras 10).

Después Dios llamó a otro obrero, Nehemías, para continuar el trabajo iniciado por Zorobabel. La casa de Dios estaba construida; ahora era necesario construir la muralla alrededor de la ciudad. Dios había obligado a Balaam a profetizar: “He aquí un pueblo que habitará confiado” (Números 23:9). Es muy hermoso ver en qué comunión se hacía el trabajo, la preocupación que algunos tenían por construir “frente a su casa” (la asamblea es el reflejo de lo que son nuestros propios hogares), el trabajo de las

mujeres (pensamos en nuestras hermanas que vigilan para que ninguna influencia mundana entre en la casa): leer Nehemías 3.

El capítulo 5 de Nehemías merece una particular atención: Los hombres de Judá habían mostrado mucho celo y ánimo para construir la muralla: por la noche velaban y durante el día “con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada” (Nehemías 4:17). Pero carecían de amor, pues los ricos oprimían a sus hermanos pobres. Retengamos esto: una posición de separación del mundo puede nutrir nuestro orgullo espiritual y amenguar nuestro amor hacia nuestros hermanos. Sin embargo, el testimonio dado por medio del amor fraternal es más importante que una separación únicamente exterior (Jeremías 7:4-6).

A través de la violencia o la trampa el mundo quiere impedirnos ser un pueblo “que no será contado entre las naciones” (Números 23:9): es el tema de Nehemías 4 y 6. Podríamos pensar que sin una muralla demasiado estricta, nuestras relaciones con el mundo podrían ser fructíferas. ¡Qué gran error! ¿Cuál fue el resultado de la fidelidad de Nehemías? “Fue terminado, pues, el muro... en cincuenta y dos días. Y cuando lo oyeron todos nuestros enemigos, temieron todas las naciones que estaban alrededor de nosotros, y se sintieron humillados, y conocieron que por nuestro Dios había sido hecha esta obra” (Nehemías 6:15-16). Seamos fieles sin preocuparnos demasiado por las consecuencias de nuestra fidelidad: Dios proveerá.

El templo fue edificado, el muro construido, el enemigo humillado... No obstante, “la ciudad era espaciosa y grande, pero poco pueblo dentro de ella” (Nehemías 7:4). Muchas personas de Judá, aunque estaban animadas y celosas por la obra de Dios, querían permanecer en sus campos y viñas, pues era más fácil que habitar en la

ciudad. No conocemos todas las razones que hacen que muchos amados hijos de Dios, tal vez más celosos que otros, no quieran tomar su lugar en la mesa del Señor y comprometerse en medio “de dos o tres” reunidos en Su nombre, para tomar la Cena cada domingo, haciendo memoria de él, como es su deseo (1 Corintios 11:23-26). Tal vez haya algunos de éstos entre nuestros lectores. Unos no quieren separarse demasiado del mundo. ¡Qué triste razón! Otros piensan que su responsabilidad será más grande y deberán velar más cuidadosamente sobre su conducta. ¿Hallarán en esto un mal? Otros consideran la cuestión, no ante el Señor (el jefe de la iglesia), sino en relación con sus hermanos a quienes hallan más o menos débiles: malas consideraciones. El amor de Jesús nos llama y nosotros le respondemos en un impulso del corazón.

El muro fue acabado, el orden restablecido (Nehemías 7); pero era necesario dar a la Palabra su lugar soberano (Nehemías 8); aquí volvemos a encontrar a Esdras: leer, dejarse enseñar, enviar “porciones a los que no tienen nada” y el “gozo de Jehová es vuestra fuerza” (v. 10).

Tiempo de debilidad marcado por muchas faltas pero también por la fidelidad de esos hombres de Judá que, separados del mundo, se aferraron a la Palabra de Dios y se dejaron conducir por su Espíritu. Imitemos su fe.

E. Ad.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).